



Las manos del terror
(Óleo sobre tela, 122x122 cm, 1963-1965)

“Recuerdo que un niño trataba de copiar un cielo rojizo, tormentoso. Seguramente no podía darle luminosidad y mi madre que entendía mi angustia, sacó en un platico de barro un poco de leche de su seno y me la dio, para ver si mezclando su esencia con mis colores, alcanzaba la luz”

Guayasamin

Trabajar con familias: un desafío a la flexibilidad del profesional

Resumen:

Este artículo se refiere al trabajo con familias como un reto para los profesionales de diversas áreas, debido a sus constantes cambios y dificultades. Planteándose la familia como el contexto primario en el cual el individuo hace su primera socialización, inicia sus procesos de aprendizaje de la cultura y normas de convivencia, es necesario a la hora de enfrentar las crisis y las situaciones conflictivas tener en cuenta la dinámica familiar específica.

Es tan clara la importancia del grupo familiar y su influencia en la conducta de los individuos que cada vez mas profesionales de distintas disciplinas (educadores, trabajadores sociales, médicos, psiquiatras, psicólogos) recurren a las familias para ayudar a cambiar las dificultades individuales.

Para desarrollar la temática, el artículo es dividido en tres partes, la primera trata temas básicos acerca de lo que es y como se organiza la familia, se intenta argumentar, porque las familias se parecen, y la razón por la cual es difícil para los profesionales trabajar con ellas, la segunda parte se centra en describir los mitos y los rituales, en las familias, que se evidencian en su estructura, ya que son aspectos del funcionamiento de un grupo familiar que están ligados muy estrechamente a su sistema de creencias y valores, y nos ofrecen información sobre la idiosincrasia de la familia, y por ultimo, la tercera parte hace referencia a conclusiones de la autora que permite entender o reflexionar que, trabajar con familias es crear un sistema terapéutico en el cual, el sistema familiar y el sistema profesional avancen juntos, en cooperación para lograr unos objetivos.

Palabras claves: Familia, trabajo social, organización familiar, mitos y rituales, sistema terapéutico.

Palabras claves: Familia, trabajo social, organización familiar, mitos y rituales, sistema terapéutico.

Family Work: a challenge for professional flexibility

Abstract

This article refers to the work with families as a challenge for the professionals of diverse areas, due to his constant changes and difficulties. Appearing the family as the primary context in which the individual does his first socialization, initiates his learning processes of the culture and procedure of living together, it is necessary at the moment of facing the crises and the difficult situations, to bear in mind the familiar specific dynamics.

There is so clear the importance of the familiar group and his influence in the conduct of the individuals that increasingly professionals of different disciplines (educators, social workers, doctors, psychiatrists, psychologists) resort to the families to help to change the individual difficulties.

For developing the thematic, the article is divided in three parts, the first one treats basic topics about what it is and how the family is organized, trying to argue why the families look alike, and the reason for which it is difficult for the professionals to work with them. The second part describe the myths and the rituals, in the families, which are demonstrated in it's structure, because they are aspects of the performance of a familiar group that are tied very closely to it's system of believes and values, and offer us information about the idiosyncrasy of the family. Finally, the third part refers to conclusions of the authoress who allows to understand or to think that, to work with families is to create a therapeutic system in which, the familiar and professional systems advance together, in cooperation to achieve a few objectives.

Key Words: Family, Social Work, Family Organization, myths and rituals, therapeutic system.

María José Escartín Caparrós: Diplomada en Trabajo Social, UPV. Licenciada en Trabajo Social Universidad Nacional de Entre Ríos (Argentina). Licenciada en antropología Cultural y Social, Universidad Miguel Hernández. Master en Evaluación en Trabajo Social y Servicios Sociales, Universidad de Alicante. Experta en Psicología de la Comunidad, U. de Sevilla.

Correo Electrónico: Maria.Escartin@ua.es

Trabajar con familias: un desafío a la flexibilidad del profesional

María José Escartín Caparrós

Introducción: centrando la cuestión.

En los tiempos de mudanza que nos toca vivir, la familia como institución, es objeto de debate, con defensores y detractores. En medio de este debate hay quienes se preguntan si la familia está biológicamente determinada o es una construcción social; y otros que se cuestionan las posibilidades de supervivencia de la familia en el mundo actual. Hablar de la familia es evocar una multiplicidad de asunciones y mitos en torno a ella, lo que está más claro es que ejerce una poderosa influencia en la vida de las personas.

Las formas familiares pueden cambiar en el tiempo, pero lo que el grupo familiar de origen aporta a la persona es fundamental para su desarrollo, cualquiera que sea la formación familiar.

Actualmente, diversas variables están influyendo en la configuración de la familia contemporánea: abortos, divorcios, maltratos, parejas homosexuales que desean adoptar hijos, retraso en la edad de emancipación de los hijos por dificultades de acceso al mundo del trabajo...

Así las cosas, ¿qué sucede con la familia? Algunos, como Cooper, en su libro *La muerte de la familia*,¹ auguraban la muerte de ésta como algo deseable para una nueva sociedad; otros consideran que la familia sin importar su forma estructural o los modelos familiares subsistirá porque es esencial para el desarrollo psico-social de las personas.

En efecto, la familia es el contexto primario en el cual se graban los rudimentos de la experiencia humana, donde las personas nacen y se hacen, desarrollan su personalidad, adquieren patrones básicos de relaciones, aprenden la cultura, asimilan los valores y las normas más elementales de convivencia; es el lugar en el que los seres humanos se inician en el proceso de aprendizaje, comienzan a relacionarse con su medio, asumen criterios básicos de felicidad o padecen las consecuencias de las privaciones emocionales; además, la familia también puede ser y de hecho lo es, una fuente productora de patología.

Algunos elementos significativos de la evolución de la idea de familia son, entre otros, la situación demográfica cambiante, las nuevas formas familiares, la incorporación de la mujer al mundo del trabajo, la polarización de las funciones tradicionales en la familia nuclear, los cambios en las relaciones familiares (cuya comprensión y valoración exige análisis relacionados, por ejemplo, con el cambio social, la identidad individual y colectiva, etc.), el proceso de separación entre las esferas familiar y extrafamiliar, las

¹ D. Cooper. *La Muerte de la Familia*. Nueva York, Penguín Books, 1971. p.27.

condiciones económicas y de trabajo, la incidencia de las ideologías o la intensidad de las relaciones entre diversos pueblos y culturas.² Este último elemento, la interculturalidad, va a proporcionar en el futuro interesantes reflexiones sobre el cambio familiar.

Todos estos cambios, que sitúan a la familia actual en una posición de debilidad y/o precariedad a la hora de enfrentar las crisis y las situaciones conflictivas de la vida cotidiana, implican también un replanteamiento de sus funciones y del concepto de los roles. Ello supone asimismo un desafío para los profesionales que intervienen con familias, hasta el punto de que es necesaria, en palabras de Ripoll-Millet, “una adaptación de nuestras categorías mentales”.³

Para empezar, hay que recordar un hecho importante: todos nosotros tenemos experiencias de primera mano acerca de la familia. Para bien o para mal, según las vivencias de cada cual, pertenecemos a una familia la que nos ha dejado una impronta y ha contribuido a la formación y desarrollo de nuestra personalidad. Somos lo que somos, aparte de otras influencias, por las primeras relaciones con nuestros padres, que nos marcan y nos conforman de determinada manera. De hecho, la familia es la única unidad social inextricablemente vinculada con todos los demás sistemas de la sociedad humana.⁴

Además, es el único grupo humano cuya pertenencia no podemos elegir; por eso, cuando hablo de familias utilizo ese proverbio popular que dice: “puedes elegir a tus amigos, pero estás atado a tus parientes”

Así, la familia es una experiencia que todos los seres humanos compartimos. En el caso de los profesionales de ayuda, tanto éstos como sus clientes, pacientes o como queramos llamarlos, tienen un denominador común: pertenecen o han pertenecido a un grupo familiar.

Cada familia tiene un estilo propio de relacionarse, cumplir sus funciones con los hijos y en la sociedad, pero la nota definitoria común es que las relaciones en la familia están teñidas por los sentimientos, por el afecto. De hecho, no existe ningún otro grupo en el que los sentimientos estén tan presentes para modular las relaciones, hasta el punto de que esos sentimientos en muchas ocasiones se convierten en verdaderos conflictos en el seno de la familia. Por eso, muchas veces, los problemas de las personas encuentran su clave en las interacciones familiares.

Es tan clara la importancia del grupo familiar y su influencia en la conducta de los individuos que cada vez más profesionales de distintas disciplinas (educadores,

² M.J. Escartín, M. Palomar y E. Suárez. *Introducción al trabajo social II. Intervención con individuos y familias*, Alicante, Aguaclara, 1998, p.15.

³ A. Ripoll- Millet. *Familias, trabajo social y mediación*. Barcelona, Paidós, (año), p.142.

⁴R. Anderson e I. Carter. *La conducta humana en el medio social. Enfoque sistémico de la sociedad*, Barcelona: Gedisa, Col. Terapia Familiar. Pág.212

trabajadores sociales, médicos, psiquiatras, psicólogos) recurren a las familias para ayudar a cambiar las dificultades individuales.

Y esto es porque existe una clara interdependencia y complementariedad entre individuo, familia y sociedad, razón por la cual para ayudar a personas con cualquier tipo de problema (escolar, laboral, de pareja, de salud, de adicciones, etc.) no basta con recurrir a tratamientos individuales o buscar recursos institucionales, pues muy a menudo, la explicación de lo que le ocurre a la persona en conflicto se encuentra explorando su familia.

La familia es, pues, el grupo humano más básico y común, pero también, y a pesar de los numerosos estudios que desde todas las ópticas existen sobre ésta, es el grupo más impredecible, más diferente en sus procesos y conductas, por este motivo en ocasiones puede ser un verdadero dolor de cabeza para los profesionales que trabajan con ella.

De ahí el título que he elegido para esta breve reflexión, porque trabajar con familias realmente desafía la capacidad de ser flexible y abierto, de ser receptivo a los cambios; es un reto que pone en cuestión la habilidad de un profesional, cualquiera que sea su disciplina, para adaptarse a la “danza de la familia”.

Cada familia es diferente y reacciona de manera particular, lo que hace evidente la diversidad de estructuras y modelos familiares, tanto desde un punto de vista transcultural, como si analizamos los diferentes modelos de nuestro contexto más inmediato.⁵ A este respecto el escritor ruso León Tolstoi, en una de las grandes obras maestras de la literatura de todos los tiempos, *Ana Karenina*, decía: “todas las familias felices se parecen, pero cada familia desdichada lo es a su manera”.

Por otra parte, es importante que los profesionales de las ciencias humanas, sociales o de la salud que trabajan con familias, conozcan los mecanismos por los cuales éstas se parecen o desarrollan su propia idiosincrasia.

Esto es importante para evitar juicios de valor apresurados o errores en la apreciación de la dinámica familiar, ya que son muchas las ocasiones en las que los profesionales de ayuda, especialmente en un contexto asistencial, deben tomar decisiones que afectan, a veces irremediablemente la vida de las personas, por ejemplo en el caso de adopciones, supresión de la guarda y custodia a unos padres con respecto a sus hijos...

1. Algo de teoría para aclararnos: la familia y su singularidad.

Como resulta imposible en tan corto espacio abordar todos los aspectos clave que nos llevan a la comprensión de la dinámica familiar, se van a dar algunas pinceladas básicas acerca de lo que es y cómo se organiza la familia. Se va, pues, a intentar argumentar, aunque sea someramente porqué las familias se parecen, y la razón por la cual es difícil para los profesionales trabajar con ellas.

⁵ A, Gimeno. (1999): *La familia: el desafío de la diversidad*, Barcelona, Ariel. Pág.18

En principio, es preciso una aproximación a la noción de familia: esta es un conjunto de individuos unidos por algún tipo de vínculo biológico, emocional o legal.

La familia es un grupo y funciona a modo de sistema, con unas reglas de juego definidas por la propia historia familiar y por los mitos de lo relacional que confieren a esta forma de convivencia una identidad particular, específica, diferente de la identidad de otros grupos.

La familia es también un sistema humano en crisis, es decir, en cambio constante y que influye permanentemente y de forma recíproca en sus miembros. Desde una perspectiva sistémica, puede definirse la familia como una complejidad organizada en un "holón" de sistemas en mutua interacción.⁶ Es decir, lo que ocurre a un miembro, inmediatamente repercute en los demás y viceversa. Además, la familia se encuentra en equilibrio ecológico con otros sistemas de su entorno (otros sistemas familiares, sistema de servicios sociales, educación, salud, etc.) mediante un intercambio simbiótico de energía, información, cultura, normas, funciones.

En definitiva, siguiendo a Minuchin, se puede afirmar que la familia es un grupo natural que en el curso del tiempo ha elaborado pautas de interacción. Estas constituyen la estructura familiar que, a su vez, rige el funcionamiento de los miembros de la familia, define su gama de conductas y facilita su interacción recíproca. La familia precisa de una estructura viable para realizar sus tareas esenciales, es decir, apoyar el desarrollo afectivo y madurativo de los miembros que la conforman, a la vez que les proporciona un sentimiento de pertenencia.

Desde este punto de vista, es evidente que la familia trasciende lo puramente biológico, ya que proporciona a sus miembros fuertes lazos emocionales que les van a influir durante toda la vida.

Para organizarse, la familia precisa de una estructura que apoye y articule las relaciones y los procesos que ocurren dentro de ella. Su estructura, por tanto, hace alusión a su organización, expresada por las relaciones entre los miembros y caracterizada por la proximidad y la intensidad emocional. Su eficacia depende del grado de satisfacción de los objetivos, tanto a nivel interno de los miembros de la familia como con la sociedad. Pero la estructura también se refiere a los límites, aquellas fronteras imaginarias de la familia que así como para separan en su interior las tareas y relaciones de los diferentes subsistemas (conyugal, parental, filial), separan también a la familia de otros sistemas de su entorno (por ejemplo la familia extensa).

Los límites son importantes porque preservan la territorialidad de la familia, su espacio vital e íntimo, donde tienen lugar las transacciones entre los miembros. Este concepto abarca dos dimensiones: la espacial, que es evidente (la casa, el barrio, el pueblo), y la relativa a la conducta.

En el sentido físico, el hogar es el espacio donde la familia vive, el que proporciona un sentimiento de pertenencia ("mi casa"), un referente; mientras que en el sentido conductual, es el espacio donde interactúan los sentimientos. Ambos niveles ayudan a mantener y consolidar la identidad de la familia.

⁶ S. Minuchin Y H.Ch. Fishman. *Técnicas de Terapia Familiar*. Barcelona, Piados. 1988, p34.

En su territorio, los miembros de la familia se sienten seguros y protegidos, y desarrollan el sentimiento de pertenencia, muy importante para el desarrollo humano.

La estructura de relaciones de la familia se mantiene y se manifiesta a través de la comunicación, los roles y las normas o reglas del sistema familiar.

Cada familia tiene un estilo propio de comunicación, no sólo a nivel interno, sino también cuando interactúa con otros sistemas. Esto es lo que algunos autores denominan la “danza de la familia”, que implica que la familia actúa por el principio de redundancia.

Cada familia se comporta de forma iterativa y pautada en todas las áreas de su vida, según su propio juego y sus propias reglas. Por tanto, cada familia tiene un estilo de comunicación que influye fuertemente a sus miembros.

Lo que ordena la estructura de las relaciones de la familia son los roles. Cada persona desempeña una variedad de roles que se integran en la estructura de la familia y se refieren a la totalidad de las expectativas y normas que ésta tiene con respecto a la posición y conducta de sus miembros.

Un concepto ligado al de los roles es el del poder en la familia. El poder sería la capacidad para lograr metas afectando el funcionamiento de otros sistemas.

Generalmente se ha atribuido grados y formas de poder diferentes a los miembros de la pareja: mientras que el poder del padre proviene de sus roles intra y extrafamiliares, el poder de la madre proviene de las relaciones en el interior de la familia.

También, es preciso hablar de las reglas. Éstas son la expresión observable de los valores de la familia y la sociedad, y son necesarias para garantizar que las familias vivan a la altura de los roles. Para asegurar su cumplimiento se imponen sanciones positivas y negativas para asegurar que se cumplan.

La homeostasis o tendencia al equilibrio de la familia se mantiene, en gran parte, en la medida en que todos sus miembros se adhieren a un cierto número de reglas o acuerdos implícitos que prescriben las conductas apropiadas dentro de la familia. Es decir, las reglas representan un conjunto de prescripciones de conducta que definen las relaciones y organizan la manera en que los miembros de la familia interactúan.

En realidad, las reglas son como un juego que permite múltiples combinaciones. Pueden ser explícitas, implícitas, secretas y metarreglas, de todas formas, las familias funcionan con una mezcla de todas ellas.

Por ejemplo, una regla implícita puede ser el respeto entre todos los miembros de la familia; en otros casos, el subsistema parental dicta normas explícitas para regular el comportamiento de los hijos: “tienen que estar en casa a las diez”. Es evidente que para que la relación sea lo más funcional posible, las reglas deberían ser reconocidas por todos, aunque también es verdad que hay pocas familias que realmente las implantan, pues lo más corriente es actuar con implícitos o supuestos. Por otro lado cuando en la familia hay reglas secretas o metarreglas, surgen conflictos en la relación (es como la teoría del juego sin fin en que solo uno de los participantes conoce las reglas del juego).

Las reglas implícitas o explícitas, a su vez, pueden ser funcionales o disfuncionales. En este último supuesto, puede haber reglas con consecuencias muy negativas para la familia.

Algunos ejemplos de reglas o normas disfuncionales que se enseñan a los hijos de forma explícita o implícita, podrían ser: “el autocontrol es signo de fuerza, no des muestras de debilidad manifestando tus sentimientos”, “no puede hablarse de sexo delante de los padres”, “en la familia solo manda el padre, los hijos deben obedecer siempre”. Es evidente que normas de este tipo no contribuyen a la adecuada maduración personal de los hijos y además están envueltas en prejuicios y visiones estrechas del mundo.

1. Los mitos y los rituales en las familias

Referirse a todos los aspectos que integran el estudio de la familia ameritaría un trabajo muy extenso, por eso se centrará la atención en algunas cuestiones que ofrecen interés diagnóstico para el profesional que trabaja con la familia, como la imagen de ésta: los mitos y los rituales.

Conocer los mitos y los rituales de la familia, en realidad, nos lleva a conocer su estructura, ya que tanto unos como otros son aspectos del funcionamiento de un grupo familiar que están ligados muy estrechamente a su sistema de creencias y valores, y nos ofrecen información sobre la idiosincrasia de la familia.

En esta cuestión, el sistema familiar y el sistema profesional, posiblemente van a divergir en el repertorio de creencias, mitología y rituales que ayudan a tener una visión del mundo y que dan significado a lo que ocurre alrededor.

Conocer y comprender ese conjunto de creencias y rituales es fundamental para los profesionales que trabajan con familias; así pueden evitar caer en reduccionismos simplistas y errores de juicio.

El sistema de creencias y valores de una familia, asimismo, está muy influenciado por la imagen que tiene la sociedad sobre la familia como institución y también por lo que una familia en concreto hereda de sus sistemas familiares de origen.

La familia se constituye en un mito para la sociedad, es decir, una imagen idealizada de lo que debe ser y de su importancia tanto para las personas como para el funcionamiento del tejido social.

Lo que se contraponga a esa imagen, a ese mito, es considerado disfuncional. Esa creencia influye de forma más o menos consciente en los profesionales que trabajan con familias y, en consecuencia, se basan en ellas para distinguir las “buenas” de las “malas familias”.

Además, las familias también tienen sus propios mitos, entendidos como elementos organizadores del grupo familiar, como significantes familiares.

Es decir, aquí el mito supone un conjunto de creencias sobre las supuestas cualidades del grupo, de las cuales se derivan una serie de reglas de conducta que atañen a los miembros de la familia y a las relaciones que éstos deben tener entre sí y con el mundo exterior.

El mito supone, por tanto, dotar de identidad a los miembros de una familia, a la vez que marca la transgresión: los miembros que no se comportan como el mito familiar requiere, son considerados por el resto de la familia como ovejas negras, según un lenguaje también propio de cada familia.

El mito es tan poderoso que a menudo se transmite de generación en generación a través de las historias o relatos familiares, fotos, cartas, lemas familiares, incluso secretos, aquellos temas tabú que no se deben abordar en una familia: “los muertos en el armario”, según el argot popular.

El mito sirve también para que la familia se proteja de las realidades dolorosas o amenazadoras de lo cotidiano y pueda seguir funcionando; en este sentido y al igual que en las leyendas de los pueblos, el mito es una mezcla de realidad y ficción y, frecuentemente, se basa en creencias irracionales que pueden perjudicar el desarrollo armónico de algunos miembros.

“Mi familia es ejemplar”, “mis hijos son buenísimos”, “el abuelo fue un personaje en su época”, “nuestra familia siempre ha sido respetada”, son algunos de los ejemplos de mitos tradicionales en las familias y presentan una imagen de unidad, felicidad, armonía, eficacia para resolver problemas.

Si en la familia surgen miembros transgresores de esa imagen ideal, inconscientemente se recurre a explicar la situación también a través de mitos: “tiene a quien parecerse”, “de tal palo tal astilla”, “si mi padre viviera esto no habría sucedido...”.

Igualmente, hay mitos con un origen claramente patriarcal y sexista: “las madres deben sufrir y sacrificarse por el bien de la familia” o “dar sin esperar nada a cambio”, son ejemplos de mitos patriarcales, fundados en creencias erróneas, que resultan perjudiciales no sólo para las mujeres sino también para los miembros de la familia que, en ocasiones, retribuyen la generosidad sin límite de la esposa o de la madre con comportamientos sintomáticos. Fracasos escolares, adicciones, infidelidades... el mito de la “santa esposa y madre” es muy difundido y nocivo para las familias (¡y sobre todo para las mujeres!).

En definitiva, los mitos tienen aspectos positivos y negativos. Entre los primeros, contribuyen a la identidad y funcionamiento del grupo familiar; entre los segundos, prescriben comportamientos a veces muy exigentes y rígidos que impiden la flexibilidad y el cambio familiar.

Es claro que todas las familias tienen mitos, tanto las consideradas familias funcionales como las patológicas. Así, lo que debe descubrir el profesional que trabaja con familias es en qué medida el mito favorece o impide el cambio, y qué tan perjudicial puede ser para la familia.

Cuando se trabaja con familias “diferentes” (según la norma de la sociedad y la del profesional), hay una tendencia a enjuiciarlas según una mítica normativa: el tipo de familia convencional (padre, madre e hijos) es preferible a cualquier otra clase de formación familiar; las tareas y los roles de una pareja deben repartirse en función de unos criterios de género (al menos en lo que a roles funcionales se refiere, ese reparto sigue estando muy difundido: lo “público” corresponde al padre, y lo “privado” y el ámbito de las emociones, a la madre); los padres deben estar siempre de acuerdo con el modelo educativo para los hijos, etc. La desviación de estas creencias puede llevar a enjuiciar negativamente a la familia y su conducta.

Esto tiene especial relevancia en contextos de ayuda asistencial, en el ámbito escolar o en los servicios sociales, donde encontramos muchas familias “diferentes” (inmigrantes, mujeres solas con hijos a cargo, familias pertenecientes a otras etnias o procedentes de medios disfuncionales donde la pobreza es el denominador común).

Otro aspecto relacionado con los mitos y las creencias es el de los rituales. Cuando se habla de rituales se alude a una serie de actos simbólicos que deben desarrollarse de una determinada manera y que tienen un alto valor simbólico: rituales religiosos, de boda, fiestas y celebraciones.

De la misma manera que el mito, los rituales dotan de identidad y sentimiento de pertenencia a los miembros del grupo familiar. Suponen una representación de la familia: sus creencias, ideales, valores, opiniones, reglas y estructura de poder; y sirven, para organizar la vida familiar. Son también exponentes de lo distintivo de una familia frente a otras de su entorno.

Si son flexibles, los rituales facilitan el cambio, pues suponen una ruptura de la vida cotidiana. En este sentido, son muy representativos los rituales de paso en determinadas culturas: el tránsito de la infancia a la adolescencia o a la edad adulta y las ceremonias que se celebran.

Los rituales implican, además, una conexión entre el pasado y el momento presente de la familia, proporcionan momentos y contextos propicios para mejorar la comunicación y procuran la cooperación entre los miembros de la familia para desarrollar determinadas tareas (por ejemplo, la preparación del árbol de Navidad o la cena de Nochebuena).

Los rituales pueden ser culturales, pero también específicos de cada familia y, en ocasiones, terapéuticos.

Los rituales específicos se refieren a las tradiciones familiares y a las rutinas pautadas (celebraciones de aniversarios, comidas, vacaciones...) y un análisis detallado de aquellos dará indicación de la estructura y dinámica de la familia, a modo de radiografía de la vida familiar: quién ostenta el poder, quién fija las reglas, cuáles son, cómo es la comunicación, etc.

Si la familia está muy ritualizada, hay indicios de rigidez y de poca disponibilidad para el cambio; por el contrario, la ausencia de rituales puede indicar desorganización y disgregamiento. Este caso es muy característico de las familias usuarias de los servicios sociales que no comparten mitos ni rituales heredados transgeneracionalmente, por eso

ayudar a construirlos y ofrecerles la oportunidad de hacer cosas juntos, puede ser terapéutico.

Un ejemplo de transmisión de mitos familiares son los nombres que los padres ponen a sus hijos. Hay nombres de gran tradición en la familia, nombres rituales que se transmiten de generación en generación, usualmente en el hijo o hija primogénita; otros nombres se refieren a figuras míticas en la familia y se ponen a los hijos con el deseo inconsciente de que se revistan de algunas de las características de esa poderosa figura.

Las familias multiproblemáticas o muy desorganizadas tienden a innovar en los nombres que ponen a sus hijos, muchas veces influenciados por agentes externos, por ejemplo teleseries o telenovelas. En muchas de estas familias son frecuentes nombres como Cristal, Lucecita, Rubí... aquí también cabe mencionar el de una usuaria de raza gitana que a sus tres hijas les había puesto Carolina, Estefanía y Diana, y a sus hijos, Juan Carlos y Felipe (nombres de algunos miembros de la realeza europea). Evidentemente, son nombres que poco tenían que ver con la tradición familiar pero que tienen un alto contenido simbólico: de manera inconsciente simbolizan los deseos de cambio, de aspirar a algo mejor, de parecerse a unos modelos mitificados en la sociedad por una u otra razón.

2. Conclusiones... si es que algo se puede concluir.

Hasta aquí, se han trazado algunas pinceladas acerca de cómo funcionan las familias en general, y se ha comprobado que cada familia desarrolla un estilo propio que tiene que ver con múltiples factores: el contexto cultural, étnico, la historia de la familia, las dificultades por las que atraviesa, etc.

Imagínense ahora a un profesional de ayuda con sus propias experiencias familiares (una historia vital hecha de encuentros o desencuentros familiares, con mitos, rituales, estilos propios de comunicar), pero además revestido de “autoridad moral” para tratar con familias menos afortunadas, familias que algunos médicos, maestros, psicólogos, trabajadores sociales han conceptualizado como “disfuncionales” porque su estilo de vida, su forma de relacionarse, la falta de recursos o cualquier otro motivo difiere de la imagen idílica de la familia permitida en la sociedad.

Un peligro real y frecuente es que ese profesional se deje arrastrar por las etiquetas prejuiciosas acerca de una familia en particular y las compare además con su propia historia familiar, con sus valores y creencias, con su propio marco de referencia; el resultado puede ser una actitud etnocentrista que lleve a enjuiciar de manera equivocada a la familia, en cuestión.

Los profesionales de ayuda tenemos mucha responsabilidad en nuestro trabajo porque podemos influir sobre la vida de las personas; de nuestros informes, de nuestras opiniones, de nuestros juicios depende que tal o cual niño sea retirado de sus padres, que una mujer pueda o no librarse de una vida de maltrato marchándose de la vivienda familiar...

Esto significa que debemos ser cuidadosos cuando interpretamos las dificultades y las capacidades de las familias para salir adelante; significa que debemos ser flexibles y abiertos para reconocer que hay otras formaciones familiares en las cuales los niños

pueden crecer y desarrollarse; significa que debemos ser críticos con los criterios normativos de una sociedad que mitifica y consagra un modelo familiar determinado.

En realidad, el encuentro de los profesionales con las familias constituye un reto a la aptitud y creatividad tanto de la familia como del profesional, que necesita grandes dosis de paciencia, buen humor y humildad para evitar hacer proyecciones de sus propios temas no resueltos con las familias que trabaja.

Aquí algunos consideran que trabajar con familias es librar un combate desigual en el cual un profesional (casi siempre una figura heroica de género masculino) trata de forzar el equilibrio del grupo familiar y conducirlo al cambio. Es una lucha titánica en la cual la familia se empeña en no cambiar y el profesional en que cambie, entonces el resultado final podría ser o bien que el profesional sea devorado por barracudas⁷, o bien que el profesional se queme o que la familia se retire.

Otros, prefieren concebir el trabajo familiar como una partida de ajedrez en la que el objetivo también es ganar pero utilizando otros procedimientos menos agresivos y revistiéndose con el ropaje mítico del salvador, lleno de sabiduría, por encima del bien y del mal. El resultado posible es el atascamiento o parálisis de la familia, desbordada ante tanta competencia, o también el fomento de la dependencia, pues se lleva a cabo transmisión del mito familiar de salvación hacia el profesional o la institución.

Trabajar con familias es crear un sistema terapéutico en el cual, el sistema familiar y el sistema profesional avancen juntos, en cooperación para lograr unos objetivos. Utilizando un símil de Minuchin, se trata de conducir un barco en el que todos tienen que colaborar.

Vale la pena insistir en un asunto muy importante: definir los límites personales y profesionales, con el fin de ser capaces de reconocer cuando las vivencias, tanto con la familia de origen como con la familia actual, puedan interferir en la relación con la familia en tratamiento.

En definitiva, se trata de conocer a la familia, descubrir sus juegos relacionales y de poder a través de su lenguaje, de sus metáforas, de sus mitos o de sus rituales; y – algo sumamente importante –, de adaptar nuestras mentes a los cambios de las formas de convivencia que se están produciendo en la sociedad. Sobre todo, se trata de tener en cuenta que trabajar con familias diferentes nos lleva más – si cabe – a un compromiso ético y de responsabilidad, tanto por las circunstancias de esas familias en sí, como por el hecho de que debemos ser extremadamente cautelosos para evitar actuar desde el etnocentrismo que implique prejuicios hacia estas familias.

⁷ Aquí se alude a la metáfora del terapeuta Bergman, según la cual las familias difíciles y resistentes son como barracudas que en cualquier momento pueden devorar al terapeuta, “pescando barracudas”.

